

Lo que sucedió al señor de La Vauguyón, preceptor de los príncipes de Francia, en la noche del casamiento del Delfín.

Los grandes acontecimientos de la historia son para el novelista lo que las montañas gigantes para el viajero. Las mira, da la vuelta al rededor de ellas y las saluda al pasar, pero no las atraviesa.

Así, pues, vamos á mirar dar la vuelta en su derredor y saludar esa ceremonia imponente del casamiento de la Delfina en Versalles. El Ceremonial de Francia es la única crónica que se puede consultar en semejante caso.

No es en efecto en los esplendores de Versalles de Luis XV, en la descripción de los vestidos de corte, de las libreas y de los ornamentos pontificales, donde nuestra historia, que modestamente marcha costeando el gran camino de la historia de Francia, puede hallar su interés y su ventaja.

Dejemos acabar la ceremonia á los rayos del sol ardiente de un hermoso día de mayo; dejemos á los ilustres convidados retirarse en silencio, contarse á comentar las maravillas del espectáculo á que acaban de asistir, y volvamos á nuestros acontecimientos y á nuestros personajes, los cuales no dejan de tener bastante valor histórico.

Cansado el rey de la representación, y sobre todo de

la comida, que había sido larga y calcada sobre el ceremonial de la comida de boda del gran Delfín, hijo de Luis XIV, se retiró á su cámara á las nueve y despidió á todo el mundo, excepto al señor de La Vauguyón, preceptor de los príncipes de Francia.

Este duque, gran amigo de los jesuitas, que esperaba atraerse merced al crédito de madama Dubarry, veía terminada parte de su tarea con el casamiento del duque de Berry.

No era esta, sin embargo, la parte más laboriosa: pues quedaba todavía al preceptor de los príncipes de Francia la de perfeccionar la educación de los condes de Provenza y de Artois, que tenían á la sazón el primero quince años y el segundo trece. Aquél era taciturno é indómito, éste muy aturdido y revoltoso; y por otra parte, el Delfín, además de sus buenas cualidades, que le hacían un discípulo muy apreciable, era Delfín, es decir, el primer personaje de Francia después del rey. Por tanto el señor de La Vauguyón podía perder mucho perdiendo sobre tal espíritu la influencia que acaso una mujer iba á conquistar.

Al invitarle el rey á que se quedase, pudo creer el señor de La Vauguyón que S. M. comprendía aquella pérdida y quería indemnizarle por medio de alguna recompensa. Acabada una educación, es costumbre gratificar al preceptor, lo cual debió contribuir á redoblar la sensibilidad del señor de La Vauguyón, ya demasiado exquisita de suyo; así es que durante toda la comida no cesó de llevarse el pañuelo á los ojos como para manifestar el sentimiento que le causaba la pérdida de su discípulo. Después de los postres había sollozado, pero al verse al fin solo, se sentía más tranquilo.

Al llamamiento del rey sacó de nuevo el pañuelo de su bolsillo y las lágrimas de sus ojos.

— Venid, mi padre La Vauguyón, dijo el rey instalándose cómodamente en un sitial; venid y hablaremos un rato.

— Estoy á las órdenes de V. M., respondió el duque.

— Sentaos, querido mío; debéis estar cansado.

— ¿Sentarme yo, señor?

— Sí, sin ceremonia.

Y Luis XV indicó al duque un taburete colocado de tal manera que las luces caían aplomo sobre el rostro del preceptor, y dejaban en la sombra el del rey.

— ¿Conque habéis concluido ya una educación? dijo Luis XV.

— Sí, señor. Y La Vauguyón suspiró.

— ¡Buena educación, á fe mía! continuó Luis XV.

— S. M. es demasiado bueno.

— Y que os hace mucho honor, duque.

— S. M. me favorece demasiado.

— Creo que el Delfín es uno de los príncipes sabios de Europa.

— Yo lo creo también, señor.

— ¿Buen historiador?

— Muy bueno.

— ¿Geógrafo perfecto?

— Señor, el Delfín levanta solo mapas que un ingeniero no haría.

— ¿Tornea con perfección?

— ¡Ah! señor, ese honor pertenece á otro, pues no he sido yo quien le ha enseñado eso.

— No importa; ¿el resultado es que sabe tornear?

— De una manera prodigiosa.

— ¿Y en la relojería?... ¡eh!... ¡qué destreza!

— Maravillosa, señor.

— Hace seis meses que todos mis relojes corren los unos á la par de los otros, como las cuatro ruedas de

un coche sin poder separarse; pues bien, él solo los arregla.

— Esto pertenece á la mecánica, señor, y debo confesar que tampoco he tenido parte en esa enseñanza.

— Sí, ¿pero las matemáticas, la náutica?

— ¡Oh! señor, he ahí las ciencias que he tratado de enseñarle.

— Y habéis logrado vuestro objeto. La otra noche le oí hablar con el señor de La Pérouse de obenques, palo mesana y cangrejas.

— Todos términos de marina... sí, señor.

— Habla de ellos como Juan Bart.

— Como que es profundo en esa ciencia.

— Sin embargo, á nadie más que á vos debe todo eso....

— V. M. me recompensa más de lo que alcanzan mis méritos, atribuyéndome una parte, por ligera que sea, en las ventajas preciosas que el Delfín ha sacado del estudio.

— La verdad, duque, es que creo que el Delfín será realmente un buen rey, un buen administrador, y un buen padre de familia... ¿Qué os parece, será un buen padre de familia?

— ¡Oh! señor, respondió cándidamente el señor de La Vauguyón, presumo que hallándose en germen todas las virtudes en el corazón del Delfín, ésta debe hallarse como las demás.

— No me comprendéis, duque, dijo Luis XV: os pregunto si se será buen padre de familia.

— Señor, lo confieso, no comprendo á V. M. ¿En qué sentido me hace esa pregunta?

— ¿En qué sentido, en qué sentido?... ¿No habéis leído la Biblia?

— Sí, señor, la he leído.!

— Pues bien : conocéis á los patriarcas, ¿ no es verdad ?

— Sin duda.

— ¿ Será un buen patriarca ?

El señor de La Vauguyón miró al rey como si le hubiese hablado en hebreo, y dando vueltas á su sombrero entre sus manos :

— Señor, respondió, un gran rey es todo lo que quiere.

— Perdonad, señor duque, insistió el rey : veo que no nos entendemos bien.

— Señor, procuro sin embargo explicarme lo mejor que puedo.

— En fin, dijo el rey, voy á hablar más claramente. Veamos, conocéis al Delfín como á vuestro hijo, ¿ no es verdad ?

— ¡ Oh ! ciertamente, señor.

— ¿ Sus inclinaciones ?

— Sí, señor.

— ¿ Y sus pasiones ?

— ¡ Oh ! en cuanto á sus pasiones, señor, es otra cosa ; apenas monseñor las hubiera tenido, las habría yo extirpado radicalmente ; pero por fortuna no he necesitado tomarme este trabajo, porque monseñor no tiene pasiones.

— ¿ Habéis dicho por fortuna ?

— Señor, ¿ no es una felicidad ?

— ¿ Conque no las tiene ?

— Pasiones no, señor.

— ¿ Ni una ?

— Ni una : os respondo de ello.

— Pues bien : he ahí precisamente lo que yo temía. El Delfín será un buen rey, un buen administrador, pero no será jamás un buen patriarca.

— ¡ Ay ! señor, vos no me habéis encargado que educase al Delfín para el patriarcado.

— Es verdad, y confieso que he hecho mal, pues debía haber pensado que un día había de casarse. Pero aun cuando no tenga pasiones, ¿ no le condenaréis enteramente ?

— ¿ Cómo ?

— Quiero que no le juzgáis incapaz de tenerlas algún día.

— Señor, tengo miedo.

— ¿ Cómo que tenéis miedo ?

— En verdad, dijo lastimeramente el pobre duque, que V. M. me pone en un suplicio.

— Señor de La Vauguyón, exclamó el rey, que comenzaba á impacientarse, os pregunto claramente sí, con pasiones ó sin ellas, el duque de Berry será un buen esposo. Dejo á un lado la calificación de padre de familia, y abandono al patriarca.

— Pues bien, señor, eso es precisamente lo que no podré decir á V. M.

— ¡ Cómo ! ¿ no podréis decírmelo ?

— No, señor, porque no lo sé.

— ¡ No lo sabéis ! exclamó Luis XV con un asombro que hizo oscilar la peluca sobre la cabeza del señor de La Vauguyón.

— Señor, el duque de Berry vivía bajo el techo de V. M. con la inocencia propia del niño que estudia.

— ¡ Oh ! señor duque, ese niño no estudia ya, se casa.

— Señor, yo era el preceptor de monseñor.

— Justamente, señor, era preciso enseñarle todo lo que debía saber.

Y Luis XV se recostó en su sillón encogiéndose de hombros.

— Lo sospechaba, añadió el rey lanzando un suspiro.

— ¡ Por Dios, señor !.....

— Sabéis la historia de Francia, ¿ no es verdad, señor de La Vauguyón ?

— Señor, así lo he creído siempre y continuaré creyéndolo, á no ser que V. M. me dijera lo contrario.

— Pues bien, ¿ entonces debéis saber lo que me sucedió la víspera de mis bodas ?

— No, señor, no lo sé.

— ¡ Oh ! Dios mío, entonces nada sabéis.

— Si V. M. quisiera enseñarme ese punto que me es desconocido.....

— Escuchad, y que esto sirva de lección para mis otros dos nietos, duque.

— Escucho, señor.

— Yo también había sido educado como vos habéis educado al Delfín : bajo el techo de mi abuelo. Mi preceptor era el señor de Villeroy, un hombre de bien, así como vos, duque. ¡ Oh ! si me hubiera dejado más veces en la sociedad de mi tío el regente ! Pero no, la inocencia del estudio, como vos decís, duque, me había hecho descuidar el estudio de la inocencia ; sin embargo, me casé, y el matrimonio de un rey, señor duque, es cosa seria para el mundo,

— ¡ Oh ! sí, señor, principio á comprender.

— Me alegro. Prosigo, pues, mi relación. El cardenal me sondeó sobre mis disposiciones para el patriarcado. Estas eran enteramente nulas, y mi candor hacía temer que el reino de Francia recayese en la línea femenina. Afortunadamente el cardenal consultó sobre el particular al señor de Richelieu : esto era delicado ; pero el señor de Richelieu era gran maestro en semejante materia, y ocurriósele una idea luminosa. Conocía á una señorita llamada Lemaure ó Lemoure, no me

acuerdo bien, la cual hacía cuadros admirables, y le encargó una serie de escenas. ¿ comprendéis ?

— No, señor.

— ¿ Cómo lo diría yo ? Escenas campestres.

— Es decir, en el género de los cuadros de Teniers.

— Mejor que eso : primitivos.

— ¿ Primitivos ?

— Naturales. Creo que al fin he hallado la palabra ; ¿ comprendéis ahora ?

— ¡ Cómo ! exclamó el señor de La Vauguyón ruborizado, ¿ se atrevieron á presentar á V. M. !.....

— ¿ Y quién os habla de presentarme nada, duque ?

— Pero para que V. M. pudiese ver.....

— Era preciso que mi majestad mirara y nada más.

— ¡ Y bien !

— He mirado.

— Y.....

— Y como el hombre es esencialmente imitador... he imitado.

— Ciertamente, señor, el medio es ingenioso, excelente, aunque peligroso para un joven.

El rey miró al duque de La Vauguyón con esa sonrisa que se hubiera llamado cínica, si no se hubiese deslizado sobre la boca del hombre más agudo del mundo.

— Dejemos el peligro por hoy, y volvamos á lo que os queda que hacer.

— ¡ Ah !

— ¿ Lo sabéis ?

— No, señor, y V. M. me haría señalada merced en decírmelo.

— Pues bien, escuchadme ; id á buscar al Delfín, que está recibiendo los últimos cumplimientos de los hombres, mientras la Delfina recibe los cumplimientos de las damas.

— Sí, señor.

— Tomaréis una palmatoria y llamaréis aparte a Delfín.

— Sí, señor.

— Indicaréis á *vuestro discípulo*, el rey recalco estas dos palabras : indicaréis á vuestro discípulo, que su cámara está situada al fin del corredor nuevo.

— Del cual nadie tiene la llave, señor.

— Porque la guardaba yo, previendo lo que sucede hoy; aquí tenéis la llave.

El señor de La Vauguyón la tomó temblando.

— Quiero decir, señor duque, continuó el rey, que esa galería contiene unos veinte cuadros que he mandado colocar allí.

— ¡ Ah ! señor, sí, sí.

— Sí, señor duque, abrazaréis á vuestro discípulo, le abriréis la puerta del corredor, le pondréis la palmatoria en la mano, le daréis las buenas noches, y le diréis que debe emplear veinte minutos en llegar á la puerta de su cámara, minuto por cuadro.

— ¡ Ah ! señor, comprendo.

— Me alegro. Buenas noches, señor de La Vauguyón.

— V. M. tendrá la bondad de perdonarme.

— No sé : pues que si no fuese yo, habríais hecho lindas cosas en mi familia.

La puerta se cerró detrás del ayo.

El rey se sirvió de su campanilla particular, y se presentó Lebel.

— Mi café, dijo el rey. Á propósito, Lebel.

— Señor.

— Después que me hayas servido el café, iras detrás del señor de La Vauguyón, que sale para presentar sus deberes al Delfín.

— Voy, señor.

— Pero espera que te diga á qué vas.

— Es verdad, señor; mi celo en obedecer á V. M. es tal....

— Muy bien. Seguirás pues al señor de La Vauguyón.

— Sí, señor.

— Está tan turbado y tan triste, que temo su enternecimiento por el Delfín.

— ¿ Y qué debo hacer, señor, si se entenece ?

— Nada; vendrás á decírmelo, y nada más.

Lebel dejó el café al lado del rey, que se puso á saborearlo lentamente.

En seguida salió el ayuda de cámara.

Un cuarto de hora después volvió á presentarse.

— ¿ Qué hay, Lebel ? preguntó el rey.

— Señor, el señor de La Vauguyón ha ido hasta el corredor nuevo llevando á monseñor por el brazo.

— Bien, ¿ y qué mas ?

— No me parecía muy triste, todo lo contrario : tenía los ojos muy avispados.

— Bien, ¿ y qué más ?

— Sacó una llave del bolsillo, se la dió á monseñor el Delfín, el cual abrió la puerta y entró en el corredor.

— ¿ Y después ?

— Después el señor duque dió la palmatoria que llevaba á monseñor, y le dijo en voz baja, pero no tan baja que no pudiera yo oírle :

— Monseñor, la cámara nupcial está al fin de esta galería, cuya llave acabo de entregaros. El rey desea que empleéis veinte minutos en llegar á esa cámara.

— ¡ Cómo ! dijo el príncipe, ¡ veinte minutos cuando apenas se necesitan veinte segundos !

— Monseñor, contestó el señor de La Vauguyón, aquí concluye mi autoridad ; no tengo que daros ya lecciones, sino un solo consejo : mirad bien las paredes de esa galería á derecha y á izquierda, y respondo

á V. A. que encontrará en que emplear veinte minutos.

— Y no mal.

— Entonces, señor, e. señor de La Vaugnyón hizo un gran saludo, siempre acompañado de miradas muy ardientes que parecían querer penetrar en el corredor; después dejó á monseñor en la puerta.

— Supongo que entró monseñor.

— Mirad, señor, mirad la luz en la galería. Lo menos hace un cuarto de hora que pasea por ella.

— ¡Vamos! ¡ vamos! ya desaparece, dijo el rey después de algunos instantes, en que no había cesado de mirar hacia las vidrieras. Á mí también me dieron veinte minutos; pero me acuerdo que al cabo de los cinco ya estaba en la alcoba de mi mujer. ¡ Ay! dirán del Delfín lo que se decía del segundo Racine:

— «; No parece nieto de su abuelo! »

XVII

La noche de boda del Delfín

El Delfín abrió la puerta de la cámara nupcial, ó más bien de la antecámara que la precedía.

La archiduquesa, vestida con un largo peinador blanco, esperaba en el dorado lecho, apenas hundido por el peso tan ligero de su cuerpo débil y delicado; y, cosa extraña, si se hubiera podido leer en su frente al través de la nube de tristeza que le cubría, hubiera reconocido, en lugar de la dulce esperanza de la desposada, el terror de la doncella amenazada por uno de esos peligros que las naturalezas nerviosas ven en presentimientos y soportan algunas veces con más valor que los han presentado.

Al lado de la cama estaba sentada madama de Noailles.

Las damas esperaban en el fondo de la real cámara la menor seña de la dama de honor para retirarse.

Ésta, fiel á las leyes de la etiqueta, aguardaba impaciente la llegada del Delfín.

Pero como si esta vez todas las leyes de la etiqueta y del ceremonial hubiesen debido ceder á la malignidad de las circunstancias, resultó que las personas que debían introducir al Delfín en la cámara nupcial, ignorando que S. A., según las disposiciones del rey Luis XV, debía llegar por el corredor nuevo, esperaban en otra antecámara.